

ANALES

SOCIEDAD ECONÓMICA

— — — DE — — —

AMIGOS DEL PAÍS



Imp. "Diario de Avisos"

Placeta de Borrero. 1

STA. CRUZ DE LA PALMA

1913

ANALES

• —> DE LA <— •

Sociedad Económica de Amigos del País

• —> DE <— •

SANTA CRUZ DE LA PALMA

COMPRENDE LOS AÑOS

1906, 1907, 1908, 1909, 1910 y 1911

POR

PEDRO J. DE LAS CASAS PESTANA

Secretario de la misma



SIN VALOR COMERCIAL

Imp. "Diario de Avisos"

Placeta de Borrero, 1

STA. CRUZ DE LA PALMA

1913

ANALES

1906

SEÑORES:

Hermoso y consolador espectáculo, es el que presenta en este solemne instante, la Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz de la Palma, en que, atraída por simpático y espontáneo movimiento, se congrega en este histórico resinto para oír la lectura de la Memoria de los trabajos que la misma ha realizado en el pasado año de 1906; hermoso y consolador espectáculo el que ofrece este Cuerpo patriótico, que sacudiendo todo espíritu de partido, ageno a toda pasión política, sin tener en cuenta ningún objeto mezquino, ni venir empujada de ningún temor, se reúne, para escuchar primero esa lectura y dar después posesión a los individuos que han de formar su nueva Junta Directiva en el presente año, y que han de ser, los que, por precepto reglamentario, regulen los trabajos e impulsen sus movimientos vitales.

Yo desearía, Señores, que otro de vos-

otros trazara los caracteres que mi tosca pluma va escribiendo, porque siendo otro que yo el que esto hiciera, podría comunicar a sus escritos inspiración, brillantéz, preciosos giros que llevaran a vuestra inteligencia, al par que la convicción íntima de que la Sociedad ha cumplido con el deber que su institución le señalara, la hermosura, el aplauso, la admiración que siempre lleva consigo la galanura de estilo, la erudición riquísima, la variedad en la unidad que toda disertación debe reunir para no ser monótona y no producir en el auditorio el cansancio y el tédio que este humilde trabajo ha de causaros a vosotros; a vosotros, que representáis la primera corporación de nuestra querida patria, de nuestra patria chica, del *terruño* adorado que ayer meció nuestra cuna y hoy recoge nuestras amarguras de hombre y nuestros anhelos de padre.

Pero ya que por vuestra benevolencia, más que por mis méritos, véome obligado a escribir esta Memoria, yo os pido encarecidamente, no recordéis en esta solemne sesión, para evitar la comparación que tanto me había de perjudicar, a los que en anteriores

épocas me han precedido en el desempeño de este cargo, aunque es casi imposible que alguno de sus nombres se aparte en estas ocasiones de nuestro espíritu, porque está intimamente ligado con ellas y más de una vez, a los escritos elocuentísimos de uno de ellos fué debido el que esta solemnidad se convirtiera en verdadero acontecimiento literario.

No hagais, Señores, esa comparación, sino otorgadme vuestra benevolencia; y contando con ella, y confiado en que, como siempre, me la dispensaréis, voy a cumplir el precepto reglamentario de reseñar brevemente los trabajos que esta Corporación ha realizado para que ellos sean la refutación más elocuentísima de los que una y otra vez aseguran que esta Sociedad nada hace, que este Cuerpo patriótico está anémico, inútil para contribuir con sus obras a la marcha progresiva de nuestra isla hácia el mundo exterior, a fin de que conserve y desenvuelva su organismo por medio de la industria; hácia el mundo de las ideas puras a fin de que conciba la esencia y relaciones de las cosas por medio de la ciencia o a los dos mundos a la

vez para que con sus obras realice la belleza por medio del arte, esa manifestación de lo finito, como lo define Sehelling.

Sociedad Económica de Amigos del País, si durante el año de labor que vamos a historiar no hubieras hecho más; no hubieras conseguido otra cosa que la incorporación del Colegio de segunda enseñanza, que tú fundaste y bajo tus auspicios ha vivido, al Instituto General y Técnico de la provincia, consiguiendo con esa disposición gubernamental que a los estudios en él efectuados se les pudiera dar validez académica en esta misma isla y ante la comisión examinadora de profesores que el claustro de aquel Instituto nombrare, hubieras hecho suficiente para que tus esfuerzos en pró de la cultura patria merecieran los aplausos de todas las personas sensatas de este pueblo, porque ese centro de enseñanza, cuya existencia estuvo amenazada por la impresión de un Consejero de la Corona, es el foco luminoso que extiende su vivificante luz por todo el montuoso perímetro de la Palma llevando con sus destellos la claridad hermosa que va disipando por doquier la lóbrega obscuridad que la

ignorancia produce en las conciencias, que disipa el error, que mata las preocupaciones, que hace al hombre a medida que se instruye más humano, más perfecto, más conocedor y más admirador del poder infinito de Dios, la Suma Perfección, la Causa de las Causas; porque por ese Colegio, han pasado, y en los bancos de sus aulas se han sentado, toda la pléyade ilustre de intelectuales que hoy marcha a la vanguardia de nuestro ejército palmesano y a los que nosotros, los que nada podemos, procuramos seguir aunque sea a larga distancia; porque la desaparición de ese Colegio hubiera sido de funestas consecuencias para la propagación de la instrucción en esta Isla. Y tú, benemérita Sociedad, has cumplido bien y fielmente con tu deber al pedir al Gobierno de S. M. la reincorporación de ese Colegio del que somos hijos la inmensa mayoría de los que hoy en la Palma ostentamos un título académico.

Si nada más que esto, repito hubieras hecho, Económica palmera, el historiador de tu patria no podría olvidar tu nombre al historiar el pasado año; pero has hecho mucho

más. Cuando S. M. el Rey Don Alfonso XIII nos honrara con su regia visita, tú llegaste hasta él y en respetuosa exposición le señalaste todas aquellas reformas, todas aquellas mejoras que para el engrandecimiento de tu país juzgabas conveniente y para celebrar el fausto acontecimiento de la presencia del Monarca en esta Ciudad tú prestaste tu apoyo a una joven y entusiasta asociación y bajo tus auspicios se celebró aquella *petis* exposición de objetos del país que justamente llamó la atención del regio huésped y de sus distinguidos acompañantes; tú, Económica, has elevado tu voz hasta los poderes centrales pidiendo la regularización de nuestras comunicaciones postales, has hecho ver la necesidad imperiosa de la recomposición del cable que con Tenerife nos unía y la conveniencia de que otra sustituya la actual a fin de evitar que con las frecuentes rupturas nos veamos privadas, aunque sea temporalmente, de ese elemento de vida tan indispensable para el desarrollo comercial como para el intelectual de los modernos pueblos; prestaste tu concurso para la celebración del 4.º centenario de la publi-

cación del Quijote, y reclamaste acerca de desamparo en que se hallaba nuestra Cuna de Expósitos.

Tú has trabajado con fé, con decisión, con valentía en el año que acaba de espirar. Has trabajado y trabajas actualmente por el desarrollo de la industria, por el fomento de la agricultura. Puedes vanagloriarte de que no en vano has seguido ocupando el primer puesto entre las corporaciones defensoras de los intereses palmeros. Y puedes decir a tus detractores que tu trabajo hecho, como el que ejecuta la industriosa abeja en la ingeniosa colmena, sin ruido, sin jactancia ha sido de inmensos beneficios para este pueblo hermoso; para esta roca envidiable, cuyos mares retratan el purísimo azul de su cielo y cuyas montañas gigantes y atrevidas representan la altivez y valentía de sus hijos.

Sociedad Económica, no descansas en tu labor: Adelante, siempre adelante. Pelletán lo ha dicho: el "mundo marcha", sé tú la que ocupe el puesto avanzado en esa marcha progresiva que la sociedad palmense ha iniciado.

No te pares, no hagas alto en tu carrera,

no vuelvas la vista atrás. Que en tu patria, aunque pequeña, el sentimiento es tan grande como en el pueblo más grande de la tierra, y en ella el corazón, virgen todavía como sus bosques, palpita con la violencia con que se agita el fuego de los volcanes; y guarda este pueblo tesoros infinitos de ternura, como guarda su inmensa Caldera riquezas no explotadas ni descubiertas aún, donde la Naturaleza habla al alma a cada instante con voz conmovedora y solemne; donde todo es belleza, sublimidad y poesía: Nuestro mar, nuestra eterna primavera, nuestras noches de luna, nuestro cielo siempre diáfano, nuestra atmósfera siempre clara y trasparente, nuestro horizonte siempre límpido y sereno; donde el sol brillando con más esplendor y calentando con más fuerza hace que la semilla germine más rápidamente y que la fantasía se abrillante con más intensidad. Sigue, sigue Económica de mi patria, que la inteligencia de tus hijos enriquecida por las múltiples bellezas de su país, por la hermosura innarrable de su tierra, derramará en su derredor raudales de conocimientos el día en que la madre patria, com-

prendiendo la importancia geográfica de esta Isla y la lealtad sin límites de sus habitantes, le dé todos los medios para que esa inteligencia se cultive y para que el desprovisto de fortuna no vea limitadas sus nobles aspiraciones por la horrible sentencia que Dante escribió en inmortal poema.

Señores, he divagado en esta Memoria; pero permitidme que termine divagando; dejadme que, complaciéndome en adivinar el porvenir, contemple a este Cuerpo patriótico en él, ciñéndose la corona de laurel a que por sus trabajos se ha hecho acreedor ¡oh! quien me fuera dable levantar entonces la cabeza del polvo de la muerte; quien me fuera dable levantar mi voz, y cuando España amorosa tienda sus brazos para abrazar a mi Palma, cuando su Sociedad Económica haya recabado de aquella patria adorada todo lo suficiente para la grandeza moral y material de ésta, aplaudir un instante, prosternarme después y dar por último un viva a España volviendo luego satisfecho y orgulloso a continuar el eterno sueño de la noche del sepulcro.

Señores, un inmenso vacío habréis nota-

do entre otros muchos en esta Memoria. Vamos a cubrirlo en parte. Coloquemos una lápida en él, escribamos en ella el nombre de Siro González de las Casas; ayudemos a inmortalizarlo de esta manera, y a que las generaciones venideras no lo olviden; y ese vacío se habrá llenado y vuestro sentimiento por la pérdida de aquel varón ilustre se habrá hecho impededero, eterno.

HE DICHO.

Palma, Febrero 4 de 1907.



ANALES

1907

SEÑORES:

Al pasear mi mirada enderredor de esta sala noto, con profunda aflicción, que es muy escaso, que es muy corto el número de socios que a las sesiones de esta Económica concurren. Aquella asiduidad que se observaba en otras épocas, aquel patriótico anhelo de asistir a sus reuniones para laborar con sus iniciativas y resoluciones al progreso patrio parece que ha desaparecido, o al menos se ha entiviado. El manto del indiferentismo va envolviendo el corazón de nuestro pueblo, como entretegida yedra matando toda noble aspiración, todo patriótico pensamiento. Y ese indiferentismo, ¡triste es confesarlo! ha llegado hasta esa puerta, ha invadido con su ola impetuosa este limitado espacio y ha borrado, si no las huellas de un pasado glorioso, el camino, el sendero que nos habían dejado trazado hombres de incansable perseverancia y que con el título de "Amigos del país" se enorgullecían y honraban a su isla.

¿Y por qué esa indiferencia? ¿por qué esa negligencia? ¿por qué ese olvido antipatriótico de que existe entre nosotros una sociedad Económica que vive alejada de nuestras contiendas políticas y civiles y que, cual isla afortunada que se levanta en medio del mar de nuestras borrascas, ofrece a los palmeros el campo hermoso para trabajar en pró de su país, sin preguntarles cuando a ella arriban su filiación política ni sus creencias religiosas, sino exigiéndoles para admitirlos en su seno que amen mucho el suelo que los vio nacer, que trabajen por su prosperidad, que se desvelen por conseguir todo aquello que directa o indirectamente pueda contribuir a su engrandecimiento moral o material, para que de esta manera cooperen a hacer un pueblo noble, trabajador e industrioso y no laboren por formarlo débil, enfermizo por las rencillas locales que engendra el odio y siembran las discordias.

¿Por qué esa indiferencia? repito. Permitidme una digresión. Todo el siglo XIX, la nación española pasó en constantes luchas civiles. El pasado, herencia de los siglos medioevales, disputaba con ensañamiento al pre-

sente la victoria. Los partidarios de lo tradicional no se conformaban bucnamente con ceder su puesto a los llamados liberales, y la sangre corrió con impetuosidad abrumadora, y en aquellos campos en que antes se había batallado por la reconquista se luchaba ahora por las ideas. Los hombres de aquella edad de reconstitución y de enardecimiento sólo vivían para la vida política, para la conspiración, para el pronunciamiento, para la barricada, en fin, donde creían estos y aquellos se resolvería el problema de la regeneración de la patria española. Triunfó al fin la nueva idea. Vencieron las que sustentaron los legisladores de aquellas Cortes gaditanas que escribieron el fundamental Código de 1808 oyendo el eco del cañón enemigo y escuchando el derrumbamiento que producía en el edificio la bala francesa; pero ese triunfo, como toda victoria, fascina, embriaga; y nuestros hombres, efecto de esa embriaguez, continuaron creyendo que la política lo resolvía todo y continuaron viviendo, por decirlo así, por y para la política. Político era el escritor, político se hacía al fin el hombre de ciencia, el comerciante, el indus-

trial, el marino; y ser español era sinónimo de político en la más desagradable acepción en que se puede tomar esta palabra.

Este estado de cosas que allá existía, esta errónea creencia de que únicamente se podía servir a la patria *haciendo política* y trabajando por derribar los gobiernos, creó el estado de derecho en que se educó la generación presente. Y como el hombre es hijo de su época y de su raza, como el hombre, según la Antropología, no puede dejar de sentir en su parte física y espiritual la influencia, la suprema influencia del medio en que vive, aquellas ideas que en la Península se profesaban aquí se propagaron y generalizaron con suma rapidez y acaso el palmero se las asimiló con más prontitud que sus compatriotas de allende del estrecho.

Vivimos, pues, en la Palma durante la pasada centuria consagrados únicamente a lo que nosotros llamábamos política. A ella se dedicaban todos los esfuerzos, todas las energías; y ella gastó toda la vitalidad de unos hombres, que, genios relativos por sus conocimientos y cultura, pudieron haber hecho mucho, muchísimo, en pró de los intereses

de su país si sus preclaros talentos a ello los hubieran consagrado; pero no lo hicieron así, no supieron aunarse y continuaron divididos haciéndose cruda guerra, sacrificando el bien común a la satisfacción momentánea que les producía la realización particular de sus aspiraciones.

Evidentemente, resultado de esas premisas, a mi juicio, es la indiferencia abrumadora que hoy nos anonada y empequeñece. Nos anonada aquí, nos empequeñece a nosotros, como anonada y empequeñece a toda la nación. Efecto de estas causas la mayoría de los españoles son pesimistas respecto al porvenir de su patria. No tienen fé en los hombres públicos, porque los hombres públicos han matado sus ilusiones, han desgarrado sus ideales, han roto con bárbara crueldad su historia, su tradición, todo un pasado glorioso elaborado con la sangre y el heroísmo de muchas generaciones, para arrojarlo como piltrafa despreciable a los pies de un positivismo que todo lo niega, que no reconoce ni la nobleza de las intenciones ni la santidad del hogar doméstico.

A eso, Señores, es debido la indiferen-

cia que ahora se advierte. Por eso, debo confesarlo con ingenuidad, no tengo nada que historiar en el presente trabajo. Nuestra Sociedad en el pasado año de 1907 nada acordó, de nada se ocupó que merezca consignación en una Memoria para que sirva de satisfacción a sus actuales socios y de ejemplo a los que han de llegar. No somos culpables los que aquí venimos siempre, los que procuramos que aunque sea languidamente viva este Cuerpo patriótico; lo son los que en medio de ese indiferentismo, más funesto que la muerte, no concurren a nuestras sesiones, no vienen a cooperar con sus iniciativas, con sus esfuerzos a dar vida, a vigorizar, a robustecer el cuerpo anémico de esta Asociación, que si era ayer necesaria para nuestra isla, necesaria e imprescindible lo es hoy en que, como dice el ilustre escritor Don Rafael María de Labra, las sociedades Económicas están llamadas a ser factores principales de la reorganización de la sociedad española.

Por eso, Señores, el dolor que produce en nosotros el alejamiento de estas sesiones de respetabilísimas personalidades debe aho-

garse y sobreponiéndonos a él, redoblar las fuerzas empleándolas hasta donde sea posible y trabajar porque esa indiferencia desaparezca, porque la juventud se eduque en el santo amor de la patria, en esos ideales nobles y levantados que han hecho a las naciones grandes y respetadas, trabajar porque se grave en su alma juvenil la creencia de que la política debe practicarse con elevación de miras tendiendo siempre a que ella sea no todo, sino un medio para conseguir la regeneración de España.

Yo tengo fé, Señores, en que a nuestro llamamiento, al llamamiento que en este sentido haga la Económica, contesten afirmativamente las fuerzas vivas del país; y tengo fé en ello, porque no creo que el espíritu de este pueblo esté tan degenerado, esté tan muerto que no se reanime al invocarle el sublime, el santo nombre de la patria. El pesimismo que flota en la atmósfera española no ha llegado hasta mí. Yo, como nuestro gran novelista Galdós, creo que nuestra raza no ha degenerado, que el alma española es la misma, que su indiferencia es debido, más que a esa degeneración tan decantada, a la

educación recibida, a las ideas que pusieron en práctica nuestros ascendientes y que, transformando esa educación, se transformarán las costumbres y surgirá esa España nueva, esa España que conciben los hombres pensadores: la España del trabajo, del comercio, de la industria, la que se necesita para que pueda ocupar en el concierto del mundo el puesto que por los errores y las vicisitudes perdiera.

Y, como parte integrante de la nacionalidad española es nuestra isla, yo espero también que ese despertar hermoso a ella le alcance para que entonces pueda recabar con virilidad e independencia el lugar que dentro del Archipiélago igualmente le pertenece.

Trabajemos porque esa hora se acerque, por que ese momento no se retarde y, entonces, habremos trabajado todos por el bien de todos, por el engrandecimiento de la patria, por la prosperidad del país. Convirtamos para ello este lugar si es preciso en cátedra donde se enseñen estas doctrinas; convirtámoslo, si es necesario, en tribuna para decir al pueblo la verdad y, propagando estos ideales y velando siempre y fielmente por los in-

tereses de la patria chica, habremos cumplido bien con el nombre patriótico que llevamos de “Amigo del País.”

HE DICHO.



ANALES

1908

SEÑORES:

Una hermosa aurora, un amanecer sonriente, perfumado por auras puras y cantado por el ameno gorgogeo de pintados pajarillos anuncian un brillante día en el horizonte histórico de nuestra querida España.

Tras larga y tempestuosa noche en que el espíritu nacional adormecido por el cansancio que produce la realización de heroicas hazañas y de heroicos hechos, el pueblo español despierta, sacude su modorra, pasea su soñolienta mirada en rededor, y viendo el movimiento que por doquier se advierte, la actividad que domina a otros pueblos, la fiebre de cultura que de ellos se ha apoderado, el ansia de saber que los domina, el canto sublime que sus inmensas fábricas producen, la gloria que les inunda y la inmortalidad que les aguarda, propónese él también abandonar atáxicos hábitos y viejas preocupaciones para entregarse a ese vertiginoso movimiento, a esa gloriosa labor, a esa vida progresiva y culta que caracteriza los

modernos tiempos y que ha de llevarlo en estrecho abrazo con los demás países a las conquistas que la civilización alcanza, que las ciencias proporcionan, que el arte materializa, que la palabra propaga y la escritura hace eternas. Hacia esa conquista se encamina en el actual momento histórico el pueblo español. No lo dudéis, Señores. No otra cosa significa, no otra cosa da a conocer el iniciado movimiento que se observa en las hasta ahora silenciosas ciudades que en su feraz perímetro se encuentran, el que se advierte en sus olvidados pueblos, ese movimiento vivificante que, como ola que rizada brisa agita, va invadiendo desde el uno al otro confín de la Península y que lleva en sus aguas gérmenes fecundos que han de contribuir poderosamente a dar a nuestra patria los gloriosos días a que por sus brillantes antecedentes, y por sus nuevos hábitos se ha hecho acreedora en el concierto de las naciones libres e industriales.

Tended, si no, una mirada por los pueblos de más importancia de la nación española y veréis confirmado mi aserto; que no es una halagadora esperanza, sino una grata

realidad. Cádiz, la cuna de nuestras libertades políticas afánase por ponerse a la altura, por la pronta terminación de las obras de su puerto, de las ciudades extranjeras que la han robado su antigua hegemonía comercial; Sevilla, la reina del Guadalquivir, procura aumentar sus bellezas artísticas mezclando sus antiguas galas de vieja sultana con las de la moderna jovensuela que al taller concurre y a la fábrica asiste; Málaga le sigue en esa moderna transformación, Granada le imita, Córdoba procura alcanzarla, Bilbao se le adelanta, Santander trata de sobrepjarla, San Sebastián le sobresale; y se destaca más y en esta transformación, en esta mudanza que el progreso impone y que en España se opera, Barcelona, la ciudad Condal, el París y el Londres de la nacionalidad española.

Efecto de esa transformación que en la nación se advierte es el memorable certámen que en la heróica Zaragoza acaba de celebrarse. Certámen glorioso para los anales de nuestra madre patria por lo que su celebración conmemoraba y por el resultado con él obtenido. En este certámen, señores, representado ha estado nuestra Real Sociedad de

Amigos del País. En la primera asamblea de las Sociedades Económicas españolas, que con motivo de ese certámen allí se celebrara, ese Cuerpo Patriótico estuvo representado, y testimonio de esa representación es el magnífico diploma que se le extendió y que se halla en poder de nuestro dignísimo Director. Por que aquí también, Señores, ha llegado, como matinal crepúsculo, como sutil vientecillo, como perfumado aroma qua embalsama paulatinamente nuestro ambiente, ese movimiento regenerador que, como he dicho, se nota, se advierte, se ve y se siente en la nacionalidad española; y en medio de ese movimiento, y en medio de esos primeros síntomas de vida, precursores de otros mayores, nuestra sociedad no podía permanecer indiferente, no podía aislarse, no podía evitar la bienhechora influencia que el medio ambiente le proporcionaba. Así, además de contribuir con sus gestiones al completo éxito que ha tenido la Exposición franco-española de Zaragoza, conmemorativa del primer centenario de los sitios que aquella ciudad del noble Aragón sufriera en 1808, ha dirigido sus gestiones a procurar el aumento

de las comunicaciones postales marítimas, porque ellas, además de las positivas ventajas materiales que al país reportan, serán vínculos fraternales que unan las Canarias y más esta aislada roca del Atlántico, con la gloriosa nación que las arrancara de la ignorancia trayéndolas a la vida de la civilización, que es la vida del progreso, de la luz, de la amada libertad.

Y buscando siempre este Cuerpo Patriótico los medios para aumentar las relaciones que entre pueblos hermanos deben existir, ha establecido Delegaciones suyas en todas las localidades de esta Isla y ciudades importantes de la nación, reorganizando al mismo tiempo en Madrid aquella antigua Diputación permanente que tan importantes servicios prestó y cuyo nombre glorioso va unido al establecimiento de segunda enseñanza que afortunadamente posemos.

Y al nombrar este centro de cultura, debo significaros también, que su existencia ha sido objeto predilecto de la Económica durante el pasado año. En unión de nuestro consocio y paisano, el ilustrado Director del Instituto General y Técnico de la Provincia,

Don Adolfo Cabrera Pinto, del patriota, señor Alcalde de esta capital, Don Manuel Vandewalle y Pinto y del claustro de profesores de ese centro instructivo, ha trabajado para que ese foco de ilustración se estableciera en un local propio del Municipio, dándole así garantías de estabilidad que hasta ahora no había poseído, y pudiendo darse en él al mismo tiempo la enseñanza con la independencia y elementos que su desarrollo necesita para que pueda fructificar en las tier-
nas inteligencias de nuestra naciente juventud.

Y por último, Señores, presentada se halla y nombrada se encuentra una Comisión que informe a la Sociedad si considera viable el proyecto de celebrar en esta localidad en el próximo año de 1910 una exposición local, coincidiendo su apertura con las fiestas que se han de celebrar con motivo de la futura bajada de N. S. de las Nieves desde su pintoresco santuario a esta Ciudad. Campo inmenso tiene ahí nuestra Económica para demostrar su actividad, su patriotismo. En otras ocasiones ya este Centro ha celebrado iguales certámenes; y de esperar es que, guia-

dos nosotros por los mismos elevados sentimientos que movieron a nuestros ilustres antecesores a procuremos llevar a la práctica ese proyecto que vendría a demostrar nuevamente a la provincia, a la nación y hasta Europa y América que poseemos vida propia y que amamos la cultura y el trabajo, poniéndolo de manifiesto en esa exposición, cuya realización debe ser la suprema aspiración de todo buen hijo de la Palma.

Tales son los trabajos realizados por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz de la Palma en el pasado año de 1908.

No habrá quien deje de considerarlos insignificantes, y quien juzgue infructuosa la labor de esta Corporación en ese período de tiempo. A los primeros le replicaremos que no hay nada insignificante. A los segundos que nuestro trabajo es el que efectúa el agricultor sembrando la semilla para que en su día germine y fructifique.

Si, Señores. No hay nada insignificante. ¿No habéis visto como en el Universo cada sér es un eslabón de una cadena, un término de una serie? ¿No habéis visto que en el rei-

no vegetal hay una progreción ascendente desde el helecho hasta el hermoso pino que cubre las cimas de las altas montañas? ¿No habéis notado que en esos mundos de luz que flotan sobre nuestras cabezas hay una razón común entre la fugaz estrella que pasa, que desaparece a nuestra mirada y el inmóvil sol? ¿No habéis observado que en nosotros mismos, en nuestra alma desde el tozco sentimiento hasta la sublime idea hay una série como desde el helecho hasta el pino, como desde el aerolito hasta el sol, como desde el infusorio que vive en una gota de agua hasta el águila orgullosa que se cierne en los infinitos espacios?

Eso mismo sucede en la sociedad. En el mundo moral como en el físico no hay nada perdido, no hay nada inútil; todo se halla enlazado, todo íntimamente ligado. Lo que hoy consideramos un sueño, es mañana una realidad. La teoría del presente fué la hipótesis del pasado, la verdad de hoy se halla engendradora por la duda de ayer. El movimiento de una lámpara en la catedral de Pisa hizo que el sabio Galileo concibiera las leyes físicas del péndulo, la caída de una mansana

advertida por Newton en un jardín le hizo concebir las inmutables leyes de la gravedad. Estos hechos, al parecer insignificantes, produjeron aquellos admirables descubrimientos, como los realizados por esta Económica han de producir satisfactorios resultados para nuestra isla en un día que ya empezamos a percibir; en ese día en que, poseyendo, la Palma, los grandes elementos de vida que el presente siglo proporciona, pueda eficazmente trabajar, pueda reconstituir su agricultura, levantar su industria, generalizar su comercio y ocupar, ocupar de una manera definitiva puesto envidiado en esta envidiable porción de la rica corona de Castilla.

Sí, patria mía. Tu incomparable clima; tu cielo hermoso como el hermoso cielo italiano, cantado por las inmortales lirás de los más notables poetas, copiado por los más afamados pintores; tus verdes montañas atrevidas como las de Suiza, y como las de Suiza poéticas y bellas; tus cortas cañadas; tus valles bañados de luz, aireados por vientos saludables donde múltiples flores germinan y se desarrollan al calor de tu clima primave-

ral; tu bellissimo perímetro, sin igual, visto desde la movible cubierta del velero buque o desde el alto pico de tu magestuoso *Roque de los Muchachos*, te hacen digna manci3n del hombre, morada espl3ndida del rey de la creaci3n.

Procura aumentar esas bellezas que la Naturaleza te obtorg3, procura elevar la cultura moral de tus hijos a igual altura que lo est3 tu fisico paisaje, y de esa manera, satisfecha del presente y confiada en el porvenir, abrazada a la bandera roja y gualda de la noble y valerosa Espa3a, ser3s codiciada joya de su corona, pensil hermoso en la obra admirable del Creador.

HE DICHO.



ANALES

1909

SEÑORES:

Antes que el sol extienda sus purísimos rayos por la infinita bóveda del cielo; antes que lleve a la esmeráldica campiña el calor que la semilla necesita para que se transforme en planta, y el pájaro entone en sus verdes ramas sus melodiosos trinos, y la industriosa aveja libe en sus hermosas flores la miel de su panal; antes que ese astro luminoso lleve con sus vivificantes rayos de luz al humilde poblado la modesta vida y el pequeño movimiento, y a la populosa capital el estrépito vertiginoso de sus múltiples fábricas y su pletórica existencia, extiéndose por oriente diáfana claridad recargada de arreboles de oro y grana que va paulatinamente esfumándose a medida que del transparente cristal de nuestros mares surge, como lámpara inmensa el astro rey de la Creación.

Antes que el escultor elabore su obra; antes que el escritor escriba con nerviosa

mano las páginas de su libro, dejándonos en él pedazos de su corazón y efluvios de su cerebro; antes que el inspirado compositor hienda con sus dedos el inorgánico teclado del piano y dé a aquellos sonidos expresión y sentimiento, haciendo con su sonoridad que conmueva, que agigante, que dilate nuestro sér hasta hacerle comprender lo infinito por medio de lo finito de su arte, el escultor, el escritor y el músico han pensado en el silencio, han reflexionado en su retiro, han librado hondos combates en su inteligencia entre la idea que nace en su mente escueta, desnuda, y la imaginación que le ofrece el ropaje con que ha de vestirla para presentarla a la consideración de la Humanidad, que no siempre premia los esfuerzos de esos héroes de la cultura con la esplendidez y largueza correspondiente.

En el Cosmos como en el espíritu, en el mundo físico como en el de la inteligencia, esta ley es ineludible. Vémosla en la Naturaleza, observámosla en el hombre; la practicamos en la Sociedad, que en conjunto de seres humanos se rige en su crecimiento, en sus evoluciones y en su decrepitud por los

mismos preceptos biológicos que la unidad componente de su masa. No puede quebrantarse, Señores, esa ley; y como no puede quebrantarse, como la inteligencia no puede romperla, como parece ineludible que toda fecundación se lleve a cabo en el silencio, con el recogimiento del misterio, con el beso de amor que se imprime sin el ruido por lo común infecundo de la voluptuosidad, por eso es que este Centro patriótico, nuestra Sociedad Económica de Amigos del País, sea para muchos una Sociedad anémica, caduca, que nada hace, que nada ejecuta que pueda contribuir poderosamente, eficazmente al progreso moral y material de esta peregrina joya del Mar Atlántico, de la Palma hermosa que sombreó nuestra cuna y al pié de cuyo astil queremos dormir el sueño eterno de la muerte.

Y nada más injusto que esa acusación que por algunos se lanza; nada más desprovisto de lógicos fundamentos. La labor de la Económica palmera es constante y patriótica. Sus obras lo pregonan, sus hechos lo proclaman, su conducta tiene una finalidad que el tiempo ha demostrado provechoso para el

adelanto de la isla y que ningún patriota, ninguno que por su desarrollo se interese debe negarle ni desconocerle.

Al historiar los trabajos del pasado año, al hojear las modestas páginas del libro de actas de esta Corporación se verá y observará con el microscopio que proporciona la inteligencia y presta los sentidos, que no es cierta esa acusación, porque no debe circunscribirse el historiador, si quiere merecer el nombre de tal, a la relación circunstancial del hecho, sino también a apreciar las consecuencias y ventajas que de la realización de ese hecho han sacado las posteriores generaciones que al mismo le han sucedido.

¡Triste misión sería, señores de otra manera la de la Historia! Lápida fría que cubre el sepulcro de las pasadas edades para escribir en ella la fecha de sus hechos más notables nada diría a la inteligencia, nada útil aprendería en su estudio el hombre. No sería, como dice el príncipe de los oradores romanos, el inmortal Ciceron, *magister vitæ*, sino exposición de hechos cronológicos de lo que poco o nada sacaría la Humanidad. Pero no es ese por fortuna el objeto de la

Historia, ni ese el fin del historiador. Su finalidad es otra, su misión es más noble, más elevada. Es la de investigar, la de deducir, la de generalizar para, que por esa investigación, por esa deducción, por esa generalización, las generaciones futuras aprecien las ventajas que de los acontecimientos se produjeron y puedan cubrir de flores las tumbas sagradas donde yacen los despojos de los bienhechores de la humanidad, las estrellas que han señalado a la misma el camino que tenía que recorrer para ir ascendiendo paulatinamente por la escala maravillosa del progreso, y poder hoy enorgullecerse de verse dueña del mundo por la brújula y el vapor y poseedora de la atmósfera por el dirigible y el aeroplano.

Si se van a juzgar los hechos con el estrecho criterio que al parecer quieren apreciarlos los que censuran las gestiones de este Cuerpo Patriótico, sus trabajos han sido menos que nulos en el pasado año.

Pero, si se aquilatan en el sol que inspira al historiador filósofo, se verá que han sido fecundos en demasía, porque han sido semillas sembradas sobre el suelo de la pa-

tria para que al abrir mañana sus dicotiledones lleven con el brote de la planta y con la producción de sus frutos la riqueza y la prosperidad a la misma.

¿Qué es, si no, Señores, el acuerdo que tomó esta Corporación, y que se cumplió a su debido tiempo, de elevar al Gobierno de S. M. respetuosa exposición rogándole se aumentase el número de las expediciones que los vapores correos hacían a nuestro puerto?

¿Qué es, si no, Señores, la eficaz cooperación que con sus gestiones ha llevado a cabo este Centro para recabar de los poderes gubernamentales el establecimiento en esta población de una Junta Local de Emigración que autorice el embarque desde su puerto al que impulsado por una ilusión, que casi siempre no se realiza, quiere emigrar de su isla, para buscar en lejanos países la fortuna que el suyo no puede facilitarle?

¿Qué es, si no, Señores, el acuerdo tomado de patrocinar la idea patriótica iniciada por el Ayuntamiento de Arrecife, capital de la isla hermana de Lanzarote, pidiendo al Gobierno que en el actual tratado comercial que

está concertando nuestra España con la República cubana se consigne para muchos de nuestros productos agrícolas e industriales la rebaja arancelaria que favorezca la introducción de los mismos en el territorio de nuestra antigua colonia?

¿Qué es, si no, Señores, el acuerdo tomado para estudiar los medios de agregar al Colegio de 2.^a enseñanza, por este centro fundado, los estudios de la carrera de Comercio y los correspondientes al Magisterio de primera enseñanza?

¿Qué representan, Señores, esos acuerdos? ¿qué significa esa labor? ¿qué demuestran esos hechos que sin la satisfacción que da la publicidad, que presta al humano orgullo el aplauso ha llevado a cabo este Cuerpo Patriótico, esta Corporación motejada de anémica por algunos?

¿No son esos gérmenes de prosperidad, de engrandecimiento, buscados por esta Sociedad para que en un día no lejano produzcan el apetecido fruto en el comercio, en la agricultura, en la industria y en la instrucción? Si, Señores, gérmenes que llevarán y

extenderán por todo el perímetro de la isla el viento impetuoso de la civilización y que al rescoldo de la laboriosidad de sus habitantes se desarrollarán y vigorizarán con la misma lozanía, con igual presteza que en los atrevidos montes palmesanos crece el robusto *pinus canariensis*, la gentil palmera africana, el aromático eucaliptus australiano y el frondoso laurel de la India, de perenne hoja verdosa y rico florón de sus plazas y paseos.

Ha tendido la Económica con los acuerdos tomados a procurar el desarrollo armónico de este pueblo. Con el primero que cronológicamente está consignado en sus actas, procura el desarrollo de la vida comercial, agrícola e industrial; con el segundo, favorece la propagación de la instrucción, alimento del espíritu, tan necesario al alma como el pan al cuerpo, y fuente de moralización de los pueblos.

Investiguemos, deduzcamos, generalicemos estos acuerdos como debe hacerlo, como lo hacen, como lo llevan a cabo los modernos historiadores de nuestros días.

El secreto del engrandecimiento de los

pueblos está en el desarrollo de sus fuentes de riqueza. Procurad dar a éstas el encausamiento debido, procurad que sus corrientes sean dirigidas a terrenos laborables, útiles para el cultivo intensivo, y veréis como sus aguas producen el apetecido fruto y trasforman en poco tiempo el aspecto de los campos que van a fertilizar. Generalizando las consecuencias que de estas investigaciones se deducen veremos que el hecho de encausar debidamente las aguas, metafóricamente consideradas, de las fuentes de riqueza de los pueblos, dan a los países productores de las mismas y a las localidades que las reciben inapreciables dones de tesoros incalculables que llevan por doquier el bienestar que la satisfacción de las necesidades sociales trae consigo.

Ya véis, Señores, demostrado si ha sido o no fecunda la labor de la Económica durante el pasado año. Procuró extender la industria para con ella engrandecer su pueblo; trabajó para ensanchar la esfera del comercio para con ella ampliar las relaciones mercantiles del mismo y llevó su acción al mejoramiento de la enseñanza pública para que

esta se mueva entre nosotros dentro un círculo más extenso que el que hasta ahora ha recorrido. ¿Qué más puede hacer que ésto una Corporación que vive sujeta a un medio ambiente limitadísimo y se mueve en los estrechos límites de una corta isla? Nada.

Otro acuerdo hay en las actas, que, aunque se refiere a la vida interior de la Sociedad, tiene, no obstante, su relativa importancia para el público. Me refiero al tomado para la reorganización del archivo de la Sociedad. Será este archivo importante fuente histórica para el porvenir, y no era conveniente que en él continuara el desbarajuste, que sus papeles se hallaran diseminados, sino que se conservaran como sagrado depósito en la casa social en que la Corporación celebra sus sesiones. Y esto ha sido lo acordado.

Los trabajos, Señores, de la Económica en el año que brevemente hemos historiaóo representan la luz matutina que precede a la salida del sol, la idea que antes de materializarla concibe el artista. Como aquel deshace la nube que se interpone a su luz y este sujeta su loca imaginación a las reglas estéticas

que más en armonía están con la idea que quiere sensibilizar, esta Sociedad también desbaratará debidamente esa creencia errónea, por varios formulada, de que nada hace y para nada sirve y como el artista somete su inspiración a las leyes de la belleza, ella inspirará sus acuerdos siempre y en todas ocasiones a las necesidades de los tiempos y a las conveniencias del país y así, Señores, procediendo en esta forma llegará un día, que como el poderoso astro, centro de nuestro sistema planetario, brille con la intensidad suficiente para anular cualquier otro foco luminoso que a su lado se forme. Sí, Señores. Yo abrigo esa esperanza. Yo tengo confianza en el porvenir. Yo creo que para la Económica palmera llegarán más prósperas edades; días más fecundos, noches menos prolongadas; porque yo abrigo el convencimiento de que el progreso no se pára, de que al progreso no se pueden poner vallas, ni obstáculos, ni dificultad alguna que interrumpa su marcha magestuosa hácia el ideal supremo del perfeccionamiento humano por medio del trabajo y la instrucción.

Y ese día grande, primaveral en que la

palmera hermosa, cuya sombra nos cobija, vea sus hojas completamente aireadas por el aura deliciosa del progreso, que como galán misterioso llegue a depositar su beso amante sobre su virgen rostro, ese día será el llamado para que la Económica palmera brille como astro de primera magnitud en las constelaciones poderosas que se formen, y se creen en el cielo purísimo de nuestra querida patria natal, la isla de la Palma, la perla hermosa del Atlántico Mar.

*
* *

Señores: he terminado. He cumplido, aunque imperfectamente, con el precepto reglamentario que me impone la lectura de esta Memoria; pero no he satisfecho un deber que mi conciencia me exige. Ese deber es demostraros mi agradecimiento por la constante designación que para el cargo de Secretario de este dignísimo Cuerpo Patriótico venís haciendo de mí, el más humilde, el menos dotado de condiciones para desempeñarlo de todos vosotros. Muchas veces al ver esa indulgencia con que me favorecéis me siento anonadado, empequeñecido, y sólo

salgo de ese estado psicológico movido, impulsado por el amor que a esta Sociedad siento; amor legítimo, amor explicable si retrotraemos por un minuto la vista a otras pasadas épocas, otros días ya fenecidos.

Yo soy hijo intelectual del Colegio de Santa Catalina por esta Corporación fundado.

Quizás y sin quizás sin él, la luz divina de la instrucción no hubiera iluminado someramente mi cerebro. Si hasta iluminar vagamente sus fibras ella logró, a esta Sociedad se lo debo y a los ínclitos varones que en las aulas de aquel Colegio difundían esa luz con abnegación sublime, con desinteresado patriotismo. Ved explicado, pues, el amor que por esta Sociedad siento, el cariño que le profeso, el respeto que le tengo.

En ese cariño busco vuestra indulgencia, y por esa indulgencia y por ese cariño acepto este puesto honroso dentro de la Sociedad; pero esa indulgencia me impone el deber a que antes me refería como aquel cariño me impone una obligación. Permitidme, por último, que ambos los deje consignados en las modestas páginas de este sencillo tra-

bajo como eterna demostración del respeto que la memoria de aquellos profesores me merecen y como testimonio sincero del agradecimiento que para vosotros guarda mi corazón. Para ellos, para los que ya no existen, mi ferviente oración, para vosotros individuos de la Económica, mi eterna gratitud.

HE DICHO.



ANALES

1910

SEÑORES:

Muere el hombre, la idea no muere. Desaparece el sér, deja de funcionar su cerebro; pero la idea que aquél concibiera, que aquel cerebro alimentara y propalara, cuando es noble, cuando es elevada, cuando lleva en sí gérmenes de prosperidad para los pueblos, para las naciones, para la Humanidad, esa no muere, esa es inmortal.

Y es que la idea no se aprisiona, como se aprisiona al individuo, la idea no sucumbe, como sucumbe la parte material del sér pensante, la idea procede del espíritu de Dios y, como Este y aquel, la idea sobrevive a los acontecimientos sociales, sobrevive a las hecatombes, ni la sepultan los hundimientos, ni la sumergen las aguas, sino que ella continúa a través del tiempo su marcha progresiva, como a través del espacio continúan su constante movimiento esos mundos siderales que, semejantes a hermosas lámparas, iluminan con

su radiante luz las oscuras noches de nuestro planeta, sin que ese movimiento, esa admirable ley de la gravitación, sea modificada por los múltiples fenómenos que constantemente en el Universo se producen.

Gérmenes que arroja el genio sobre el inmenso campo de la ciencia, sobre la tierra fecunda del progreso, germinan con gran facilidad, crecen con notable rapidez y fructifican y esparcen sus semillas llevadas por el áurea de la civilización del uno al otro confín de la Tierra, para que aquí y allí, acá y acullá arraiguen y extiendan la bienhechora sombra de sus fértiles ramas sobre la candente arena y sirvan con sus delicadas flores de alimento espiritual que nutre, que vivifica las células que constituyen el cerebro del hombre: del mundo en pequeño de la creación.

No muere la idea, Señores, cuando, como hemos dicho, es la base de un principio filosófico, el fundamento de una teoría científica, el desenvolvimiento de una obra artística o la creación de un organismo útil y provechoso para el progresivo desarrollo de la patria; y, como no muere la idea, no desaparecen las instituciones que le dan vida, que

las personifican en la sociedad, porque encarnación de aquellas, poseen, como ellas, algo inmaterial; algo que flota, que vaga en su atmósfera, oxígeno que les da vida, alma que les da movimiento, que las hace pensar, sentir y querer para que con sus pensamientos, sentimientos y voliciones, impulsen siempre adelante al hombre grande que llamamos Humanidad y pueda marchar a la adquisición de un ideal, que, si nunca logra alcanzar, si nunca conseguirá poseer, va enriqueciendo su inteligencia y perfeccionando su voluntad con las conquistas que, por alcanzar ese ideal, le va proporcionando el trabajo, la constancia y los conocimientos de los anteriores hombres que formaron la Humanidad, y que obreros, como los que hoy la forman, del Progreso, van con la piqueta de la inteligencia arrancando a la Naturaleza sus variadas moléculas para levantar con ellas la diamantina pirámide en que se va escribiendo con letras imperecederas los asombrosos descubrimientos por los sabios alcanzados para que esa escritura perpetúe el nombre de esos sabios y sirva, al par que de enseñanza, de

estímulo a las presentes y venideras generaciones.

No mueren las instituciones, porque ellas son el poderoso laboratorio en que se forman las obras provechosas para la Sociedad; el crisol donde esas obras se funden, donde se depuran, donde se moldean y, como las instituciones que son beneficiosas no desaparecen por completo, por eso, viven las Sociedades Económicas de Amigos del País, esas asociaciones establecidas en la Villa de Vergara en 1764 y que el Gran Carlos III, ese rey que ocupará siempre lugar preminente en la Historia de España, en esa gloriosa epopeya escrita con la generosa sangre de cien generaciones, mandara a establecer en todas las provincias por su Real Cédula de 9 de Noviembre de 1775.

La fundación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, dice, Sempere y Guarinos, "es uno de los sucesos más notables y gloriosos del reinado de Carlos III. De ellas, añade un autor extranjero, brotaron torrentes de luz y ellas coadyuvaron muy eficazmente al positivo desarrollo que alcanzó la industria, la agricultura, el comer-

cio y la instrucción en esta memorable época de la Historia de España.

En efecto, Señores, durante el tiempo que ocupó el trono de los Reyes Católicos Carlos III, España recobró gran parte de la consideración que había perdido, progresó grandemente en civilización y cultura y mejoró de una manera notable su régimen político y administrativo. Y fué debido este mejoramiento a que Carlos III, como aquella magnánima soberana que se llamó Isabel I de Castilla, supo escoger sus hombres de gobierno entre los más sobresalientes que le rodeaban; y esos hombres adelantándose en muchas ocasiones a su época; teniendo la visión del porvenir, establecieron bases para nuevos estudios y fundamentos para nuevos progresos con la creación de establecimientos de enseñanza y con la fundación de organismos que, como las Sociedades Económicas de Amigos del País, creados, como dice la Real Cédula de fundación, para fomentar la industria popular, las artes y oficios, la agricultura y cría de ganados y el establecimiento de escuelas patrióticas en todo el reino, habían de ser centros poderosísimos

de enseñanza y focos luminosos que iluminaban intensamente el camino que la nación española tenía que recorrer para recobrar en parte su antigua grandeza y su perdido nombre.

Esas Sociedades Económicas establecieron, al poco tiempo de ordenada su fundación, en todas las poblaciones importantes de la nación y prestaron desde luego valiosísimos servicios procurando el desarrollo de la industria, el desenvolvimiento del comercio y el establecimiento de escuelas de primera enseñanza en las que el pueblo hallara los medios para que su cerebro fuera iluminado con los primeros destellos de una rudimentaria educación.

Llenaron con su creación las Sociedades Económicas una necesidad; y esa necesidad se advierte cada día más, porque hoy más que ayer y acaso mañana más que hoy, esos cuerpos patrióticos, que viven alejados de la candente, lucha de los partidos políticos, velando tan sólo por el fomento de los intereses patrios, serán más necesarios, porque los progresos de los tiempos imponen a los pueblos nuevas orientaciones económi-

cas, científicas, literarias y artísticas y en esas orientaciones, en esas futuras edades, las Económicas pueden ser las que con sus consejos y conocimientos señalen a esos pueblos la senda, el camino que deben seguir para no llegar con retraso a la cima de esas orientaciones, sufriendo por consiguiente la pena que Dios ha impuesto a los pueblos que olvidan fácilmente la ley del progreso, que es la ley del perfeccionamiento por medio del trabajo y la ilustración.

Nuestra Económica, Señores, ha llenado perfectamente su misión. Su vida limitada, por el reducido círculo en que se mueve, ha sido fecunda para nuestra isla; tan fecunda, que en diferentes ocasiones, sus poderosos esfuerzos han roto ese círculo y han traspasado los límites que la Naturaleza parece ha querido señalarle al colocarla en una modesta población de una olvidada isla del Atlántico mar.

Y durante el pasado año esos esfuerzos, si no se han centuplicado, no han sido menos vigorosos, aunque no tan conocidos, como en anteriores etapas. La labor de nuestra Asociación en 1910 es la labor que efectúa

la industriosa abeja, ese insecto imenoptero que va libando el polen de las múltiples flores que esmaltan las praderas, para después transformarlo en el interior de su misteriosa colmena en la dulce miel que encierran los recéptaculos de su maravilloso panal y hacer esa transformación lentamente, silenciosamente sirviéndola tan sólo de galardón la satisfacción que produce el deber cumplido y nada más.

Eso ha hecho la Económica palmera en 1910. Ha procurado cumplir con su deber y lo ha cumplido, porque ocupando siempre lugar avanzado en el ejército que forman los hombres que defienden nuestros patrios intereses, ha sabido levantar su voz para defenderlos y llevar esa voz hasta los poderes públicos para que allí sean oídas y atendidas las razones que, en favor de lo que se reclama, se exponen.

Así elevó al Gobierno de S. M. respetuosas exposiciones para conseguir el mejoramiento del actual servicio de correos; para recabar que fueran rebajados por el Gobierno de Cuba los derechos arancelarios que nuestros productos agrícolas e industriales

satisfacen al ser introducidos en los puertos de aquella república y para que por el Tesoro nacional se atendiera con alguna cantidad de las que para ello están asignadas, al sostenimiento de nuestro Colegio de segunda enseñanza.

Ha hecho más nuestra asociación. Ilustres personalidades la han representado en las Asambleas de las Económicas que se han celebrado en el año fenecido en la capital de la Nación y en la siempre heroica ciudad Zaragozana. Y, en los Consejos de Fomento provinciales y central, su representante posee este Cuerpo patriótico que nunca olvida ni los deberes que la patria le impone ni los derechos que la ley le concede.

En las actas de las sesiones celebradas en el año que voy historiando, hay otros acuerdos de importancia también; pero como la extensión que me he propuesto dar a este modesto trabajo, que en cumplimiento de un deber desarrollo, no me lo permiten, hago caso omiso de los mismos y dejo que vuestra memoria supla con más ventajas que lo que yo puedo hacerlo, esta deficiencia que cometo y que espero me perdonaréis siendo,

como siempre, conmigo indulgentes en demasía y tolerantes hasta lo indecible.

Ya véis que en el pasado año nuestra Económica trabajó por conseguir el mejoramiento de los intereses morales y materiales de nuestra patria chica; ahora procuremos que en el año que se inicia esos trabajos se multipliquen para que de esa manera pueda demostrarse que, todos y cada uno de nosotros, procuramos hacernos dignos del nombre honroso de "Amigos del País."

Sí, trabajemos, Señores, porque el pasado glorioso de nuestra Sociedad nos impone ese trabajo si queremos que esa gloria no se extinga, que no fenesca eclipsada por nuestra indiferencia, haciéndonos con ello acreedores a la maldición de los hombres y al castigo que la Historia por esa negligencia nos había de imponer.

Señores, he terminado. Pero permitidme que en estas páginas escritas en cumplimiento del deber que el cargo que a vuestras indulgencias debo, me impone, consigne mi protesta como hijo de la Palma. Esa protesta es una divagación, pero me la imponen mis sentimientos, me lo impone un deber y los

deberes deben cumplirse, cueste lo que cueste y pese a quien le pese.

La próxima resolución del antiquísimo pleito sostenido por nuestras hermanas las islas de Tenerife y Gran Canaria acerca de la capitalidad de la provincia, ha motivado que ambas contendientes traten de allegar pruebas con que hacer ver los indiscutibles derechos que a esa capitalidad tienen.

Entre esas pruebas que Tenerife ha presentado hay un escrito firmado por el sabio historiador canario, Don Manuel de Ossuna y Vandéalé, que afirma que la primera Sociedad Económica de Amigos del País establecida en la provincia, fué la de Tenerife.

Y esa afirmación no debe ser consentida por ningún hijo de la Palma, esa afirmación no debe ser consentida por ningún individuo que pertenezca a esta corporación. La primera Sociedad Económica de Canarias fué la de Santa Cruz de la Palma establecida por el Ilustrísimo Sr. Obispo Don Fray Juan Bautista Cervera, durante su Santa Pastoral visita, el 29 de Agosto de 1776, es decir, 9 meses después de la publicación de la Real Cédula, en la que Carlos III ordenaba la

creación de Sociedades Económicas en todas las provincias.

Y la verdad histórica imponía al señor Ossuna esta declaración y esa verdad histórica, que no es la única que en este escrito se adultera y mi patriotismo, me impone a mí esa protesta.

Sí, Señores, yo, humilde por mi posición social, modesto por mis conocimientos; pero amando con un amor grande, sin límites a mi Palma, protesto enérgicamente de la afirmación sentada por el Sr. Ossuna, que, queriendo recabar para su isla derechos a la capitalidad, trata de arrebatar a otra legítimos timbres de gloria. Protesto y espero que a esa protesta os unáis vosotros, se unan todos los palmeros, porque de lo que a la patria legítimamente le pertenece no debemos consentir que nadie le despoje.

Protestemos, Señores. Individuos de la Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz de la Palma, protestad en nombre de la isla, que es nuestra patria adorada; y la patria debe ser la encarnación de todos nuestros ideales, la huri de nuestros amores, la llama en que se consuma nuestra pasajera

existencia, nuestra adoración de hoy, de mañana, de siempre....

HE DICHO.

Palma, Febrero 4 de 1911.



Datos estadísticos

Durante el año se pasaron:

51 comunicación.

Se cursaron 5 expedientes.

Se celebraron 5 sesiones.

Se extendieron 3 Libramientos.

Se admitieron 2 Socios de Número.



ANALES



1911

SEÑORES:

Amanece para nuestra patria, la isla de la Palma, el hermoso día de la civilización y la cultura moderna. Allá por oriente, en su límpido horizonte, en su cielo riente, en las risadas aguas de su intranquilo mar empieza a proyectarse esa luz indefinida, esa penumbra indecisa que precede al verdadero crepúsculo matutino y que va disipando paulatinamente con su creciente aureola la triste obscuridad en que el planeta ha estado sumido durante las largas horas de la noche; como se disipa el congelado vapor de los copos de nieve al ser besados por los calóricos rayos del sol o como se desvanece la nubecilla que se forma en el ameno valle, en la pintoresca cañada, en la falda de la verde montaña cuando ese mismo rayo de sol traspasa sus moléculas para llevar a los riscales de esa falda, a las fecundas tierras de esa cañada, a las productivas vegas de ese valle el

vivificante calor que ha de hacer germinar la semilla, desarrollarse el vegetal y abrir el cáliz de la flor destinada a ser por su belleza la reina de ese valle, el encanto de esa cañada y la multicolor alfombra de esa ladera. Amanece, repito, Señores, ese venturoso día, cuando hallándose en pastoral visita en esta Isla un varón ilustre, un Prelado virtuoso, el Ilustrísimo Sr. Don Fray Juan Bautista Cervera, Obispo de Canarias, establece por orden del Gobierno de S. M. Carlos III, la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz de la Palma, estrella matutina, astro de primera magnitud, que en ese cielo desempeña en unión de otros la misión progresiva de contribuir poderosamente a la propagación de la luz que el día de esa civilización trae consigo y que ha sido, no sólo para la Palma, sino para la Humanidad, día en que la luz se ha hecho más poderosa al soplo impetuoso del progreso que en una u otra forma ha centuplicado las fuerzas expansivas del hombre para que con ellas mate las preocupaciones del pasado, las incertidumbres del presente y triture los obstáculos que el porve-

nir o ponga en la marcha hácia adelante que los individuos y las naciones tienen ineludiblemente que emprender.

Yo, Señores, no me detendré en esta ocasión a poner os de manifiesto los esfuerzos realizados por esta Sociedad, por este centro de cultura, por este foco de luz que ha venido brillando constantemente en el cielo de nuestra civilización insular, como Venus hermoso, como planeta que ha recorrido su órbita obedeciendo siempre a los fundamentales principios que le prescribieran aquellos doctos varones de que supo rodearse el heredero en el trono de Fernando VI, y que fueron, sin duda alguna, los que dieron a estas corporaciones patrióticas lo que en sentido metafórico pudiéramos llamar su ley de atracción y repulsión, su ley general de movimiento, de vida.

Yo no me detendré, vuelvo a decir, a hacer os mención de sus trabajos a través del tiempo, de su laboriosa labor en favor de la enseñanza; pero tengo un deber que cumplir. Me exige el cumplimiento de ese deber mi título de socio y hasta el cargo, que aunque inmerecido, a vuestra indulgencia debo; y

quiero complimentarlo, quiero contribuir a deshacer la creencia errónea, por algunos sostenida, de que esta Sociedad es inútil, de que nada hace y nada procura en beneficio del país.

Señores. ¿Habrá terminado por ventura la misión de las Sociedades Económicas de Amigos del País? No, porque siendo el progreso una forma evolutiva de la vida y la vida una necesidad de la Sociedad, por mucho que se progrese siempre habrá un más allá que conquistar; y para esas conquistas pacíficas de la civilización serán preciso obreros, que, como las Económicas, rompan con la piqueta de la ciencia el arca de lo desconocido que guarda oculta a las miradas del ignorante los secretos que a la Naturaleza va el sér racional arrancando, como arranca el minero a las entrañas de la tierra el precioso metal y el buzo al fondo de los mares las perlas y los corales que abrigan en sus ramosos políperos y en sus nacaradas conchas.

Es, Señores, que la vida de la Sociedad se manifiesta, como la del hombre, de dos modos: activo de uno, pasivo de otro,

aunque caminando en solidaria continuidad la acción y la pasión, la espontaneidad y la receptividad se manifiestan de muy distinta manera y concurren al fin armónico que la misma persigue, porque esta armonía es ley suprema de la Naturaleza del hombre y de la Sociedad y no puede romperse, como no pueden romperse ninguna de las leyes físicas y morales que el Creador escribiera con su poderosa mano al formularlas para que rigieran a los cuerpos inorgánicos y para que regularan la psicología social que es la vida del espíritu de ese hombre grande que llamamos Humanidad.

Ahora bien: para los que aprecian los esfuerzos que en pró del mejoramiento de un país lleva a efecto un individuo o una corporación por una desusada actividad, por una acción anormal, por el ruido y el estruendo, claro es que nuestra Sociedad Económica nada hace; pero para los que no juzgan los hechos aisladamente, sino que buscan las causas de esos hechos y con el escalpelo de la crítica profundizan para hallar las diferentes circunstancias que se han reunido para que esos hechos se produzcan, es innegable

que para esos, que son los verdaderos conscientes; para esos, nuestro centro patriótico ha cumplido exactamente su misión, ha llenado su deber de igual manera que lo llena el laborioso agricultor cuando allá en su escondido campo, en un rincón de una ignorada aldea esparce con esperta mano la semilla que más tarde ha de transformarse en dorada mies y ha de servir para condimentar los succulentos manjares que nos sirven de sustento y la rica tela que nos ha de privar de los rigores de las respectivas estaciones.

El trabajo de ese rústico campesino, de ese obrero de la Humanidad ha pasado inadvertido para los que sólo aplauden los grandes acontecimientos, aquellos que deslumbran con su brillo; pero no para los que con un criterio recto comprenden que el hecho de arrojar silenciosamente a la tierra la semilla es tanto o más transcendental para los pueblos que el que realiza el guerrero al conquistar en reñida batalla extensas regiones para su patria y fama imperecedera para su nombre.

El Gran Federico de Prusia, el Rey batallador sintetizó en una frase los servicios

prestados por el labrador a las naciones. ¿Cuál es, le preguntaron, el hombre más útil a la Humanidad? Y él contestó: El que logra que de un grano de trigo se produzca mayor número de espigas. Luego, si ese que logra mayor número de espigas, es, según aquel soberano, el más útil a la Humanidad sin que para lograr ese fin el cañón retumbe, ni el aplauso se prodigue, ¿cómo vamos a despreciar los trabajos que efectúe una corporación por que estos se realizan tan sólo dentro del círculo limitado que sus estatutos le prescriben y no en el ambiente de la plaza pública, no allí donde la prensa y el Gran Galeoto puedan darlos a los vientos de la publicidad agrandados de un lado por la agradable lisonja y deprimidos del otro por la maledicencia y la envidia.

Vosotros lo sabéis también, vosotros, como yo, lo habéis oído. Se sientan prejuicios por algunos nada favorables para esta Económica. Y esos prejuicios son en parte injustos. En el seno de la Sociedad palmera, la Económica representa la pasividad de que anteriormente hablaba, la misión del labrador que hace un instante indicaba. Otras

corporaciones representan la actividad, la acción. Y esta y aquellas son indispensables para los pueblos, porque así como en Física se consideran los cuerpos bajo dos fases distintas, las de su inercia y la de su actividad, y en Filosofía lo infinito y lo finito sirve respectivamente de fundamento a las escuelas filosóficas que han ido enriqueciendo los conocimientos por distintos senderos, pero con un fin común; así también en la Sociedad, para que pueda estar bien organizada, para que pueda realizar su augusto destino, se necesita, se requiere, se hace preciso esas dos fuerzas: la actividad y la receptividad. Hombres que procuran, que buscan el progreso en medio del estrépito y otros que quieren se consiga sin esa anormalidad con una constante y progresiva labor. ¿Podemos y debemos desdeñar a aquellos o denigrar a estos? Nó. Estos y aquellos son merecedores de nuestra gratitud. Estos y aquellos trabajan con un fin laudable buscando el mejoramiento moral y material de los pueblos, la perfección de las razas y estos y aquellos se abrazarán finalmente cuando asciendan a la cima que quieren alcanzar por distintos me-

dios, iluminados los unos por la chispa divina de la inteligencia y guiados los otros por el fuego sagrado de la nunca bien ensalzada virtud de la Caridad.

Esos que uno y otro día propalan tales prejuicios en contra de esta asociación desconocen lo que estas leyes físicas y biológicas representan; no quieren tenerlas en cuenta al formularlas sin comprender que la unidad de las sociedades es su esencia, la variedad su forma, la vida o armonía el vínculo que las liga y que por consiguiente, la unidad y la variedad son propiedades generales de cuanto existe y afecta a nuestros sentidos; y que esta unidad y variedad se producen indefectiblemente en el mundo físico y en el moral; en la Naturaleza y en la Sociedad; y que dentro de esa Sociedad este Cuerpo patriótico se ha movido de conformidad con las funciones que forman parte de ese gran organismo al que la Providencia sabiamente ha trazado el respectivo círculo.

Porque, Señores, no hay que salirse fuera de las ideas que la realidad nos proporciona; no hay que dejar a la loca de la casa que trace halagüeños proyectos si el resulta-

do de esos proyectos no está justificado por la razón y la ciencia. Nuestra Sociedad Económica no puede afrontar por sí sola la resolución de los árdulos problemas que para su mejoramiento nuestra isla necesita. El medio ambiente en que se mueve es limitadísimo y las corporaciones se mueven según el círculo de acción que el medio ambiente les proporciona. Los efectos son consecuencia de las causas y las causas son para ella la limitación de medios, que circunscribe su acción y limita su horizonte en el que desgraciadamente lee la horrible sentencia que el Dante escribiera en su inmortal obra poética.

Dejemos esos trabajos; esos proyectos, que nosotros aplaudimos y a cuya resolución procuraremos cooperar, para otros organismos; para otras corporaciones a las que el imperio de la ley les confiere ese deber; y continuemos nosotros labrando la tosca piedra en la que mañana se levante la columna corintia del engrandecimiento de la patria, con sus hojas de acanto, con sus ornamentos bellísimos, beso de amor que se dan el Oriente y el Occidente, la humana Grecia y

el dogmático Egipto; el artista de la raza blanca y el de la raza amarilla.

Ahora bien; nuestra Sociedad se ha significado siempre por su amor a la instrucción. A sus patrióticas gestiones se debe la fundación de la primera escuela pública de instrucción primaria que en la Palma se estableció; la publicación de su primer periódico, el Colegio de 2.^a Enseñanza, que hoy tiene agregado los estudios de Comercio y otros varios establecimientos docentes que han sido y son perpetuos manantiales de los que han nacido esos cristalinos arroyos que ahora cruzan el suelo pintoresco de la guanchinesca Benahoare y en los que reciben el bautismo de la enseñanza sus laboriosos hijos.

No dejemos ni por un momento que esa tendencia que se ha significado en nuestra Económica durante su pasado, disminuya en el presente, ni menos se olvide en el porvenir. Procuremos que esa orientación se acentúe, que esa labor sea constante por que trabajar por la propagación de la enseñanza es uno de los fines que más dignifican al hombre, que más le acercan a su Creador,

la suma sabiduría, y que más le alejan de las miserias de la Tierra para remontarse con las alas que le presta la cultura al cielo de su redención, a la adquisición de sus inalienables derechos, sintetizados en las palabras pronunciadas por el Mártir del Gólgota en el Monte de la Calavera donde con su indecible martirio redimiera al género humano.

Sí, Señores, trabajemos por extender la cultura en nuestra patria querida; trabajemos por que llegue lo mismo a la humilde choza del pastor que al soberbio edificio del poderoso; lo mismo al oriente que al occidente, al septentrión que al medio día, que su augusta sombra cubra el montuoso perímetro de esta perla del Atlántico para que llegue al fin el momento histórico, por todos deseado, ansiado por todos, en que las generaciones venideras puedan colocar en lo alto de nuestro atrevido monte «Roque de los Muchachos» la lápida que diga: «Aquí no hay analfabetos.» Solo así mereceremos dignamente el honroso nombre de «amigos del país»; trabajemos sin tregua ni descanso por que aquel astro que brilló en este cielo al amanecer el día grande de la cultura moderna con la

creación de la Sociedad Económica de Amigos del País, continúe en su firmamento, agrandado su foco luminoso por el esfuerzo fraternal de sus asociados y su intensidad por la adopción de los múltiples elementos que la ciencia hoy ofrece y que los mismos pueden proporcionarle.

Sólo así mereceremos el respeto y el cariño de los que en un futuro no lejano en este sitio nos sucedan; sólo así nuestros hijos podrán enorgullecerse de pronunciar nuestros nombres y sólo así procuraremos que esta palmera africana, arrullada por los vientos del desierto, regada por el mar futuro de la civilización, cuyas raíces se arraigarán en el Viejo y Nuevo Continente, se desarrolle poderosamente bajo el influjo que le preste la monarquía gloriosa de la nación española, nuestra patria de hoy, de mañana, de siempre.

HE DICHO.

Palma, Febrero de 1911.

APÉNDICE

Trabajos realizados por la Sociedad en 1911

Creación de un centro correspondiente
en la ciudad de Los Llanos.

Mejoramiento del servicio postal, y

Cumplimiento de varios informes pedidos por la superioridad.



ACTUAL JUNTA DIRECTIVA

DE LA

Real Sociedad Económica de Amigos del País

—* DE *—

SANTA CRUZ DE LA PALMA

—308—

DIRECTOR, *Licdo. D. Elías Santos Abreu.*

SUPLENTE, *D. Eugenio Abreu y García.*

CENSOR, *D. Pedro M. Sotomayor y Pinto.*

SUPLENTE, *D. Manuel Lorenzo Mendoza.*

INSPECTOR, *D. Miguel Castañeda y Car-*

mona.

SUPLENTE, *D. Blás Hernández Luján.*

CONTADOR, *D. Nicolás Cabrera Martín.*

SUPLENTE, *D. Vicente García y Camacho.*

TESORERO, *D. Jerónimo Acevedo de la*

Cruz.

SUPLENTE, *D. Aurelio Gobeá y Rodríguez.*

BIBLIOTECARIO, *D. Francisco de Cosmelli
y Sotomayor.*

SUPLENTE, *D. Sebastián C. Arozena Hen-
riquez.*

SECRETARIO, *D. Pedro J. de las Casas
Pestana.*

SUPLENTE, *D. Manuel Acosta González.*

